

Caricatura de la caricatura



© Mico

1

Muy temprano, aun en tiempo de cabañuelas, el día siete de 2015 estremeció al mundo con un hecho sin precedentes en la historia contemporánea, equiparable, por las implicaciones mediáticas, con aquel fatídico 11 de septiembre de 2001, cuando logramos apreciar por diferentes medios de comunicación, pero especialmente por la televisión, y en vivo, cómo colapsaba el centro económico mundial. En esta oportunidad, dos jóvenes extremistas, de credo islámico, sorprendieron con rifles de asalto en la sala de redacción del semanario *Charlie Hebdo*: once personas del semanario satírico francés murieron. Al huir, uno de los dos temerarios remató en el piso a un policía que patrullaba el área. La cruda imagen de este último ajusticiamiento, sin interpelación, se vio

a lo largo y ancho del globo, como si fuera la más banal de las escenas de una película de Hollywood.

Je suis Charlie fue la frase que se difundió como en una movilización cibernética colosal. En pocos minutos, habitantes de todo el mundo *retwittearon* o marcaron con el *hashtag* #JeSuis-Charlie algún tipo de imagen, o simplemente la tipografía con un diseño básico, en dos renglones, de letras blancas y fondo negro, creada y subida a las redes por Joachim Roncin, director de arte de la revista *Stylist*.

La indignación fue total. Nuevamente, el centro histórico del debate intelectual, París, había sido escenario de un evento trascendente.

La libertad de expresión se había truncado de un tajo: los once de *Charlie Hebdo* no volverían a contar historias dibujadas nunca más.

El panfleto parisino, a punto de declararse en quiebra, debido a las bajas ventas, ha sido reconocido por sus ataques permanentes contra todo tipo de situaciones: religiosas, políticas, de orden económico; en fin, cualquier suceso ha sido nutrimento para sus caricaturas que claramente ya habían hecho mella en el orgullo de grupos de toda índole, incluidos católicos, musulmanes y judíos, solo para señalar un frente temático.

A la siguiente semana de los hechos, y con doce víctimas, *Charlie Hebdo* vendió más de siete millones de copias y aseguró por mucho más tiempo la permanencia en el mercado editorial de la sátira social. Sin embargo, múltiples voces seguían comentando, reclamando y polemizando; desde el Papa Francisco, pasando por jefes de Estado e intelectuales, quienes, después de rumiar el suceso, expresaban sus sentimientos de condolencia, pero también se argüía que ninguna idea puede llegar a valer una vida y ninguna otra tiene por qué herir las convicciones de las gentes.

Como es apenas natural, para Colombia, un país que ha encontrado en la caricatura la salida perfecta para poner en el paredón de la mofa su desgracia, el eco fue ensordecedor. Es de recordar que nuestra historia ha sido narrada “en caliente” por la genialidad de dibujantes como Alberto Urdaneta, quien firmaba como El Mochuelo; Alberto Arango Uribe, con sus monos publicados con su apellido; Ricardo Rendón, u Osuna, solo para mencionar solo algunos. En el mismo sentido, muy pocos saben que el mismo Pablo Escobar cuando estaba recluido en La Catedral, en una suerte de paradoja paródica (valga la cacofonía), que pone la caricatura dentro de otra, a la manera de una *mise en abyme* (puesta en abismo), encargó a un editor una recopilación completa



© Mico

de las caricaturas que tenían algo que ver con él desde el principio de su accionar. El resultado, un libro de lujo (*Coffee table book*) de cerca de 400 páginas con pasta dura y letras en oro, que regaló a su círculo más cercano.

Pese a todo, no podemos dejar de pensar ni un segundo en que la gran bondad de las artes reside en su capacidad para dejarnos ver en una vitrina nuestras propias caras con sus deseos, miedos y debilidades; en el caso de la caricatura, dramáticamente exageradas y, en algunos casos penosamente célebres. Pero nunca, y aquí debemos recordar a Jaime Garzón, el caricaturista tiene por qué pasar a ser protagonista de una viñeta de su propio obituario.

En este número de la *Agenda Cultural Alma Máter*, que cuenta con la generosa participación de invitados como Truchafrita, Mico, Luca D'Ascia, Fernando Mora, Santiago Bustamante, Vladdo y Vanessa Márquez, que han escrito, dibujado y opinado para ella, ponemos nuevamente la potencia de la entrañable caricatura sobre la mesa, para que no cese su magia.

Oscar Roldán-Alzate